

el vuelo del gato samurai

Acabo de soñar una pesadilla en la que una criatura felina asasinaba a la gente:

Concepto de terror común. No importa. Aún así despierto asustado y demoro en ubicarme de nuevo en el hospital:

Estoy sentado en un sillón incómodo para dormir que está junto a la cama donde Laura, toda atravesada de rayos X, respira normal y duerme.

Amanece.

Me levanto.

En las paredes cuelgan brillantes tomografías de varias partes de su cuerpo. Parece la galería de un museo. Una exposición de Laura por dentro (hay una Laura *por dentro*), obras de muchos médicos artistas excitados que no logran descubrir qué es lo que tiene.

Toco el cristal de la ventana. Entonces la veo.

(The truth is out there again.)

(The truth is always out there.)

La criatura con la que acabo de soñar, evidentemente.

Una raya que cruza el aire a la supervelocidad de un corte.

Recuerdo vagamente una serie dibujos animados japoneses. Pero no doy con el título.

Enciendo el televisor. En el noticiero de la mañana ya están hablando de la criatura. Le han puesto nombre. Creen que se trata de un fenómeno meteorológico. Hay muertos.

Otro canal, otros expertos sugieren que es una inteligencia venida de otro planeta.

Apago el televisor.

Laura sigue durmiendo.

Salgo (ya es hora de salir) de su galería de imágenes.

Todas las enfermeras que me cruzo por los pasillos se me quedan mirando. Oigo el cuchichear de sus miradas: Ése es el que te dije... ¿El que salió del coma? No, el que está *con ella*. Ay, el pobre, se ve tan destruido...

Siento que hasta las cámaras de las puertas del hospital me filman con lástima.

Afuera las calles están vacías y el cielo, simplemente, no está. Lo que hay es una amenaza con nubes y ozono y pájaros emigrantes. No veo la raya. No veo ninguna inteligencia meteorológica. Hago un gesto con el brazo y aparece un taxi.

—Vámonos de aquí —le digo al taxista: un sujeto con parche en un ojo y gran párpado sobre el otro. Se parece a Garfield.

—Ésa es una gran frase —observa el tipo—. Pero tiene que decirme adónde.

Le doy mi dirección. O le doy la dirección de ella.

—¿Va muy apurado?

—¿Por qué?

—Porque yo tengo que trabajar. No sólo soy taxista, ¿sabe? Aprovecho los viajes para repartir.

Señala el asiento al lado suyo y me doy cuenta de que está ocupado por una torre de cajas de pizzas. Me he montado con un taxista repartidor de pizzas. No es gran cosa. También he oído de taxistas que conducen programas de radio (sobre política y finanzas, la mayoría) y cuando te montas con ellos te hacen entrevistas en vivo.

—No se preocupe —le digo—. Tómese el tiempo que le haga falta.

—Gracias, amigo. Si pudiera, le regalara una. Pero si yo fuera el dueño de la pizzería no estaría en este taxi con usted, ¿me entiende?

—No mucho, en realidad —y de repente recuerdo cómo se llamaban aquellos animados japoneses: Samurai Pizza Cats.

«No intenten hacerlo en casa, niños. Somos profesionales.»

Le pregunto al taxista si no le da miedo la criatura que sobrevuela La Habana.

—¿Eso? Eso no le da miedo a nadie. —Hace un giro brusco para no atropellar a un grupo de personas que aparecen huyendo y gritando—. Además, yo siempre digo una cosa: primero las pizzas, después el terror.

Nos desviamos hacia un barrio de vida residencial, apartado y verde, para efectuar las entregas. Tranquilidad absoluta. Me acomodo en el asiento. De pronto...

Tras una curva, una silueta rodante con curvas. Un frenazo.

Muchacha en patines. No venía precisamente huyendo. Y ahora ni siquiera parece asustada. Ha puesto una mano sobre el capó del taxi, como para detenerlo, y con la otra mano se descubre los ojos antes cubiertos por gafas oscuras. Nos mira un eterno segundo a través del parabrisas antes de acercarse rodando a la ventanilla del conductor.

—Por Dios, niña, ten más cuidado —dice el conductor.

Ella sonríe. Mete divertida la cabeza. Trenzas doradas.

—Yo también quiero repartir —dice con voz suave.

El repartidor, por supuesto, se lo toma al pie de la letra:

—Pues ve a ver al dueño de la pizzería. No soy yo.

Ella mira al asiento de atrás.

Yo estoy en el asiento de atrás.

—Hola, extraño.

No digo nada. Quizás sonrío.

Me pregunto si me habrá reconocido.

Me pregunto si habrá algo o alguien allá afuera.

Y me pregunto por qué los otakus cubanos han enmudecido todos.

—¿Él no habla?

—No en nuestro idioma —dice Garfield—. Usa una jerga muy contaminada.

—¿En serio? —la patinadora pone ojos grandes. Parece de lo más interesada.

—No, en realidad es un espía —sigue Garfield—. No dice nada para escucharlo y grabarlo todo mejor.

—Oh.

Patinadora mirándome con sumo interés.

Digo:

—Estoy muerto.

El taxista aprueba con la cabeza:

—Yo lo recogí frente a un hospital.

Digo:

—Acabo de salir de un coma muy largo.

—Pobrecito —dice ella—. ¿Cuán largo?

—De antes de que tú nacieras.

—¿Y te acuerdas cómo era antes?

—Oigan, yo tengo que irme —protesta el taxi.

—Antes de ti las cosas rodaban a una velocidad. Ahora las cosas *son* velocidad.

—¿Has visto la raya? —pregunta ella. El taxista hace un gesto de ya es suficiente y la pregunta parece quedar suspendida y saltar y desaparecer en el aire. Como la raya. Y ahora que el taxi se aleja yo sé

—Adiós, extraño.

que ella me ha reconocido perfectamente aunque no lo sepa y que en alguna otra historia (siempre hay otra historia) nos volveremos a encontrar.

—Niños ricos —murmura Garfield—. Quién los entiende.

Unas cuerdas adelante, un grupo de niños ricos hace de grupo de rock ensayando en un garaje. Del garaje sale un sonido que no se entiende.

Son buenos, pienso. La música no sirve pero ellos son buenos.

Más de la mitad de las pizzas bajan del taxi y van hacia ellos. Partida de rockettes hambrientas. Cesa el ruido. En la entrada del garaje rodean a Garfield y hay movimientos de buscar dinero en bolsillos de jeans, se abren cajas, pizzas a la boca, de repente los movimientos se precipitan y se confunden. Ha habido un grito. Alguien ha vomitado. La escena se me hace extrañamente lejana. Pudiera bajar la ventanilla o bajarme yo para averiguar qué sucede, pero no lo hago. Me siento extrañamente tranquilo. Garfield viene de regreso al taxi y tras él viene uno de los chicos discutiendo algo. Garfield le dice que vayan a discutir con el dueño de la pizzería. Que no es él, por supuesto. Él no tiene la culpa.

El chico me ve. Tiene un trozo de pizza en la mano.

—Colega, ¿tú has probado esto?

Le digo que no con la cabeza.

Demasiado, demasiado tranquilo. Ni hambre tengo.

—Vas a perder el trabajo, pirata —le dice otro chico o chica al pirata, que ya está agarrando el timón—. Y cuando te encontremos solo por ahí vas a perder el otro ojo. Y después vamos a dedicarte una canción.

—Ay mi madre, se me olvidaba que ustedes hacen canciones.

Despegamos rápidamente bajo un ataque de piedras y pedazos de pizzas proyectiles.

Cuando nos perdemos de vista pregunto qué pasó, y acto seguido me doy cuenta de que ha sido una pregunta reflejo, no tengo el menor interés. El taxista sólo dice:

—Sospechan de todo, por cualquier cosa se asustan. Ya no quedan estómagos.

Sigue rezongando mientras le pasamos por delante a grandes casas, terrenos deportivos y malls. Después consulta direcciones anotadas en un mapa.

—No, no estamos perdidos —aclara—. Estos barrios son así. *Repetitivos*.

En varias repeticiones vamos entregando las pizzas que faltan por entregar:

A un mendigo aburrido en temporada baja. (Nos dice que sus dos profesiones, Santa Claus y deshollinador, ya no alcanzan ni para ahorrar y comprarse un boleto de avión que lo lleve un poco más al norte. Yo le pregunto: ¿Al norte de qué?)

A un entrenador de perros locales a los que apeetece una buena pizza de carne humana entre descuartizamiento y descuartizamiento.

A mayordomos con espaldas de guardaespaldas que miran la caja grasienta, slow fat-food, como diciendo: No sé cómo puedo trabajar para gente que come esto.

A un vendedor de polvo y helados en un parque con fuente circular.

A un mendigo aburrido en temporada baja. (Nos dice que sus dos profesiones, Santa Claus y deshollinador, ya no alcanzan ni para ahorrar y comprarse un boleto de avión que lo lleve un poco más al norte. Yo le pregunto: ¿Al norte de qué?)

A dos o tres extras de una comedia de artes marciales en pleno rodaje.

Etcétera.

La penúltima es para una señora tipo ama de casa que nos espera, probablemente desesperada, en el portal de su casa.

Por la acera de enfrente pasa un niño en velocípedo. Me pongo a mirarlo con más que tranquilidad.

Ausencia.

En cuanto Garfield se baja del taxi la vuelvo a ver.

Una parábola que emerge de algún punto en el follaje fastuoso de la calle y cae en picado sobre el niño.

Pero no llega a picarlo.

El aire se rasga justo frente a él.

Él da un salto y queda parado sobre su velocípedo, pie en el manubrio y pie en el asiento, las manitos cerradas como puños. Comprendo que este niño va a intentar defenderse de cualquier cosa.

La criatura sube y vuelve a caer. Los movimientos son como instantáneas que se difuminan. El niño, en equilibrio sobre su vehículo, esquivo a una velocidad de esquivar balas. Por supuesto, ya no veo esa clase de movimientos. Ya no veo nada. Pero ahí está el niño tirándole patadas y piñazos al aire. Uno de sus golpes parece impactar la raya: algo como un filo se detiene y se abre y por un momento es la forma vertical de una pupila de gato. Luego, quizás por el rebote, el niño está en el suelo. Y cuando se levanta su velocípedo está cortado al medio. No hay mucho más que hacer. Pero el niño no trata de huir. Tan pequeño y ha entendido que la huida es imposible. La raya finalmente acierta y lo atraviesa en diagonal y al instante se retira del espacio rayado. Queda una brisa moviendo las hojas.

El niño permanece de pie, las dos mitades de su tronco unidas hasta que la mitad superior se desliza sobre la inferior y ambas caen, un brazo por cada lado, dos piezas de ropa cara y carne salpicando la acera roja.

No he visto nada, pero lo he visto todo.

Sin darme cuenta he salido del taxi.

Escucho a mis espaldas los restos de una discusión entre el taxista y la cliente. Ama de casa histérica. Insultos. La palabra *sangre*. Te voy a denunciar, hijo de puta. La expresión *caliente con queso*.

Ya puedo adivinar de qué se trata.

Creo.

Cruzo la calle para ver de cerca lo que ha quedado del velocípedo y del niño. No sé si debo tener miedo de que la criatura vuelva. No lo tengo.

Cuando llego a la escena Garfield me llama:

—Amigo, ya terminé. ¿Te llevo o te vas caminando?

Tiene esa expresión urgente de quien no puede contener mucho más las ganas de estrangular a una mujer. Atrás, en el portal de la casa, hay una escoba en alto y agudas amenazas de llamar a la policía.

Abandono la imagen. Me meto en el taxi y no sé por qué vuelvo a dar la dirección. La mía o la Laura. Pero el taxista no me escucha. Está concentrado en pisar a fondo el acelerador y en descargar todo su enojo al fondo de mis oídos:

—¿Cuál es el maldito problema de esta gente? ¿Qué sentido tiene pedir una pizza para luego volverse locos? Que si esto no parece salsa de tomate, que si lo otro no huele a jamón, que si no sé lo que me estoy comiendo... ¡Por Dios! Quieren interpretar las puñeteras pizzas en lugar de comérselas. ¡La pizza no es un concepto!

—¿No lo es? —pregunto distraído, por decir algo inútil, mirando por la ventanilla. Hemos dejado atrás el barrio residencial y aún queda una caja, la última, en el asiento delantero.

—En realidad lo que tienen es miedo, déjame decirte. Tienen miedo a que les guste. Tienen miedo a reconocer que han comido y que les ha gustado. Porque saben, y saben que los demás saben, y yo lo sé, que después las cosas serán diferentes. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Totalmente —miento sin pensar.

(Es decir: miento pensando en el niño muerto, en las próximas noticias de la televisión, en los enmudecidos que contarán la otra historia.)

No hablamos más durante el trayecto. Inmóvil, la ciudad continúa moviéndose entre el espanto y la desidia. Garfield me deja en algún lugar de Nuevo Vedado. Le extiendo unos billetes y él me extiende la caja.

—No puedes regalármela —le recuerdo—. Tú no eres el dueño la pizzería.

—No, pero soy el dueño de esta pizza. Cómetela tú que yo ya no tengo hambre.

Me desea buena suerte, o buen apetito, o simplemente dice adiós y después se va. Me quedo mirando el taxi que se

aleja. No tengo dónde anotar, así que seguramente olvidaré el número de la chapa.

Aunque no sé para qué querría yo el número de la chapa.

Entro a la casa, enciendo la luz y la veo.

Tirada en el sofá.

Despeinada. Ojerosa.

Cubierta con una manta.

Me mira. No está dormida.

Supongo que yo tampoco lo estoy.

—Laura —digo, y su nombre duele en mi piel como un pellizco—. Laura, Laura, ¿qué haces aquí?

—Sorpresa. Vine volando.

Ahora ella me cuenta su huida del hospital:

La versión más absurda de su huida del hospital:

Intercambió ropas con una enfermera inconsciente, previamente golpeada en la cabeza y puesta a dormir con barbitúricos, y salió de la sala y al poco rato empezó a sonar una alarma. Correteo de médicos por los pasillos detrás de ella. Se escondió en armarios y carritos de limpieza. Le hizo sexo oral a un estudiante para que la dejara estar un rato entre los cadáveres. Aprovechó unos conductos de aire para llegar al parking subterráneo. Allí intentó robar una ambulancia pero uno de los médicos que la habían atendido (todos los médicos de todas las especialidades del hospital la atendieron) le apuntó con una jeringuilla cargada

—¿Cargada con qué?

—Déjame terminar.

y pidió refuerzos que llegaron inmediatamente. La rodearon. Iban a apresarla pero ella se quitó el uniforme de enfermera y, desnuda como la muerte, les habló. Y los asustó. Hasta paralizarlos. Habló de su cuerpo con una voz tremenda que no era la suya. Una voz que rebotaba en las paredes declarando que el cuerpo de Laura era un territorio inorgánico, una superficie experimental o tóxica. Créanlo, decía la voz. Ustedes no me conocen. Allá ustedes si acercan a mí. Yo soy lo que ustedes temen, la pesadilla que no le van a contar a nadie.

La dejaron ir.

—Estoy segura de que fue un alivio para ellos. Estoy segura de que por muchas pruebas que inventaran para hacerme, nunca iban a llegar a un diagnóstico.

Yo he llegado a uno. Pero no se lo digo.

Me siento junto a ella.

Le acaricio el pelo.

—¿Dónde estuviste?

—Por ahí —respondo—. Te traje algo de comer.

—Me muero de hambre —dice, y su boca comienza débilmente a sonreír.